

ORTO Y OCASO

A Ramiro Cutiérrez—Juventud, Amistad y
Letras—en su rincón extremeño del Arroyo.

Fué una noche de Luna, con cisnes en el lago
y bayaderas árabes en la imaginación.

Y una quimera de oro, como una droga inútil,
para curar los males del pobre corazón.

Ella bajaba riendo del jardín encantado
donde los pocos años quieren amanecer.

Y yo estaba sentado a la orilla del río,
con un sueño en las manos, viendo el agua correr.

—¿Qué haces aquí, mancebo, sin amor y sin novia?
—¿Dónde vas tú, doncella?

—Soñando en un doncel.

Y repentinamente se iluminaba el cielo
y era el agua del río un arroyo de miel.

—

Una barca en el río, y Adán y Eva en la barca;
en torno el Paraíso y en acecho el reptil.

Y dos almas fundidas, sin cómo, a qué, ni cuándo,
pensando que en la vida no hay más que mes de Abril.

Un silencio infinito por los montes lejanos
y un Vesubio esa víscera que llaman corazón.
Y en el mundo dos sombras...—¡nada más que dos sombras!—
persiguiendo el ensueño de una vaga ilusión.

Ni una nube en el cielo, de color de alegría,
con los nácares y oros de un Oriente feliz.

Y en el alba risueña de la vida, un aroma
de alcanfor y de rosas y de menta y de anís.

—

Un deseo insaciable de ser faunos o dioses;
un ansia irresistible de vivir y de amar.

El laurel en los ojos y la carne en los dientes.
Y andar, y no hacer nada, y reír y soñar.

¡Cómo ríen las cosas, desde el fondo del alma!
¡Qué invisibles las sombras! ¡Cuán lejano el dolor!

Y en el cielo una estrella—como en la Epifanía—
guiando a todas horas vuestros sueños de amor.

Nunca tuvo la risa timbre más expresivo;
nunca tuvo el espíritu más noble frenesí.

Y en la hora del orto, era el corazón joven
un inmenso y sensible e inocente rubí.

La soltura en los músculos del felino atigrado
y en el pecho la ardiente fiebre del león.

Y aplastar las serpientes y matar al demonio,
y despreciar el cálculo y vivir de ilusión.

No pensar en la vida, que es luz entre dos sombras;
ni que sus pasos cansan al más duro lebré; ni que os serán ingratos el pariente y el pobre;

ni que en el mundo existen el dolor y la hiel.

Y bullir por las vegas en los lentos ocasos
y correr por los prados en la tarde estival.

Y apurar esa copa qua nos brinda la vida
y que los años rompen como frágil cristal.

—

¡Oh, que dulce es el fruto de las mozas veinteñas
y el beso de las novias, llenas de juventud!

Y el sol de los caminos, y los juegos, y el ocio,
cuando faltan los años y sobra la salud.

¿Quién dirá que ese imberbe será un viejo aterido
y una ruina aquel dulce pimpollo juvenil?

¡Qué desnudos los árboles en Diciembre y Enero,
Y qué pomposos de hojas, y alegres, en Abril!

Caminante, que llegas con tu risa inocente,
y tu sangre encendida y tu libro de amor:

ino te burles del viejo que ahora va por la vida,
con su carga de sueños hecha polvo y dolor!

(*)

Ya, en el paisaje yerto, ni juventud, ni sombras;
y aullando, los chacales del triste anochecer.

Y yo, sentado inmóvil a la orilla del río,
ya sin sueño en las manos, viendo el agua correr...

Bilbao.

PEDRO SÁNCHEZ MORA.

